



Neruda en O' Cruzeiro Internacional.
Recuperación, introducción y notas
de Alejandro Jiménez Escobar.
Santiago: Puerto de Palos, 2004.

por Lorena Amaro Castro

EN EL ÁMBITO DE LOS ESTUDIOS literarios es usual que los hábitos complacientes y el descuido contribuyan a la construcción de tópicos y miradas homogeneizadoras de la realidad; si bien formados en las escuelas de la sospecha, no es extraño que olvidemos sospechar y desconfiar, particularmente de aquellos personajes dominantes que llamamos «autoridades»; todo investigador joven se tropieza con estas figuras y padece su particular angustia de las influencias, pero como nadie, debe poder librarse de ellas, ya que la investigación y la crítica son sobre todo prácticas, que requieren de reflexión, cuestionamiento y superación de las ideas hechas.

Con la publicación de este libro, Alejandro Jiménez nos invita a olvidar lo resabido y a mirar de manera distinta una porción de la obra nerudiana, producción particularmente rodeada de estudios e investigaciones de toda suerte, que acaban por mitificar no sólo la obra, sino también al personaje-autor, Neruda. Desarticula el concepto según el cual el libro *Confieso que he vivido*, publicado póstumamente (1974), fue un proyecto elaborado sobre la base de un texto publicado por la revista brasileña *O' Cruzeiro Internacional*, y la todavía más peligrosa concepción de que un texto, “subsumido” en otro, parece no tener mayor importancia como singularidad, como obra. Así ha ocurrido con estos documentos, publicados en 10 entregas entre enero y junio de 1962 por esa revista entonces famosa en el ámbito continental. Usualmente, los estudiosos de la obra de Neruda no prestan mayor atención a esta escritura y dan por supuesto que cuanto se ha dicho allí, forma parte de otro libro, *Confieso...*, sin mayores variaciones.

Durante el Congreso Internacional realizado recientemente en la Universidad de Chile, en torno a la figura del poeta, Alejandro Jiménez hizo público este problema, “de viva voz”. Y con justa razón: un texto autobiográfico, reescrito

por su autor diez años más tarde, no puede permanecer intacto. La memoria es cambiante y caprichosa y el olvido es, como sugiere Nietzsche, un agente activo, creador. ¿Por qué Neruda, al escribir sus memorias definitivas, debía ceñirse al texto publicado en exclusiva por O’Cruzeiro? Diez años, una candidatura presidencial y la obtención del premio Nobel de por medio, ¿acaso no debían cambiar considerablemente la visión de Pablo Neruda sobre sí mismo y su obra? Desde luego, el escritor había crecido en cuanto figura pública y fueron otros los acentos que imprimió al relato de su vida.

Quien trabaje sobre los textos autobiográficos conoce bien este problema: toda autobiografía es inconclusa. Siempre falta ese capítulo fundamental y misterioso que es la propia muerte, por lo cual el cierre de este tipo de textos resulta siempre caprichoso. Hay autobiógrafos que no cesan de escribir sus vidas, buscando distintas formas expresivas, como lo hicieron Jean Jacques Rousseau o Michel Leiris, por citar dos ejemplos bastante disímiles. Corroborar los cambios entre el relato publicado por O’Cruzeiro y *Confieso* es un ejercicio saludable: nos obliga a ver que si bien existe una continuidad del yo, también la transformación y lo otro irrumpen en el relato de la vida, en la configuración de lo viviente.

Al considerar el espacio autobiográfico nerudiano, habitualmente se acude a *Confieso que he vivido*, además de algunos otros textos como *Memorial de Isla Negra*, *Para nacer he nacido* y segmentos significativos de su poesía, sin aspirar a conocer estas otras *Memorias*.

En cuanto a la labor de los expertos nerudianos, en una acuciosa lectura de las *Obras Completas* compiladas por el prestigioso crítico Hernán Loyola, una lectura de dedos lentos, Jiménez, en su estudio preliminar al texto, dice haber descubierto una serie de contradicciones y vacíos inexcusables. Por una parte, el compilador sostiene que Neruda utilizó “casi en su totalidad” las memorias de O’Cruzeiro, para la elaboración de las memorias publicadas en 1974, pero también admite que no ha logrado rescatar estas crónicas, porque ninguna colección privada o biblioteca ha conservado los originales. El mismo Loyola, sin embargo, es capaz de hablar de esas crónicas “desarticuladas y –con otra disposición– totalmente reutilizadas en la composición de *Confieso que he vivido*, exceptuando sólo un fragmento más o menos extenso”. ¿Conoció Loyola el texto original? Lo más probable es que así sea y lo extraño es que haya dejado estas memorias fuera del proyecto de las *Obras Completas*. Alejandro Jiménez aborda ésta y otras incongruencias relativas al silencio y la ignorancia que rodean este texto, el cual nos permite entrever los modos de construcción autorial y biográfica a los que acudió el poeta, modos que críticos como Federico Schopf han llegado a tildar de “mal gusto”, por su indisimulado egocentrismo.

En las páginas introductorias, escritas por Jiménez, se presenta el contexto de producción de las memorias y se hace una extensa narración acerca de la búsqueda de esos diez números, repartidos en distintas librerías santiaguinas. Efectivamente, el trabajo de recopilación no fue nada fácil, pero se hace deseable que en alguna próxima edición, se adjunte un estudio comparativo acucioso

de dos textos que durante tantos años han sido considerados una especie de “gemelos”, cuando en realidad los liga sólo una estrecha hermandad.

Nos ha parecido importante destacar el trabajo de este historiador, pues ha hecho posible que hoy -en tiempos de un próximo bicentenario que deseáramos polifónico, y no oficialista- accedamos al documento y podamos juzgarlo nosotros mismos. Distintos lineamientos críticos, por lo demás, se sirven de este tipo de fenómenos para constituir su objeto de estudio: en Brasil y en Francia, la crítica genética, por citar sólo un caso, indaga en los manuscritos de los escritores la conformación paulatina de la obra, su proceso. Sin ir tan lejos, estudios recientes han revelado aristas desconocidas de textos chilenos hasta hoy poco conocidos o mal comprendidos, como es el caso del trabajo que hace Soledad Falabella con el *Poema de Chile*, de Gabriela Mistral, investigación que se sirve de los manuscritos de la escritora para examinar una serie de aspectos ignorados por la crítica anterior.

La crítica que oculta y desecha es peligrosa; sobre la historia reciente se constituye una densa capa textual, discursiva, que nos impide ir más allá, redescubrir antiguos temas, plantear incertidumbres. Trabajos como el que reseñamos son valiosos en cuanto gesto que permite a todos acceder a nuevas fuentes. Si bien muchos de sus párrafos coinciden con la escritura de *Confieso que he vivido*, las divergencias de ambos textos son numerosas: tachaduras, replanteamientos, cambios de perspectiva significativos, que ahora podrán ser escudriñados y sometidos a juicio por todos aquellos que, desde sus propios ámbitos de investigación, se han acercado a la obra de Neruda. Al poeta, que al terminar un año de celebraciones y homenajes, muchos de ellos vacíos, es necesario rescatar de las visiones oficiales, en una labor que no se agota en los textos canónicos y que, en el caso de la publicación realizada por Jiménez, se hace a partir de una considerable orfandad.